Eduardo Barriobero. Un abogado del pueblo

Grupo de todos los parientes de los reos, que han venido a Madrid, rodeados del abogado defensor del "Chato de Cuqueta", Sr. Barriobero-señalado en la foto-, y de algunos periodistas. Fotos "Mundo Gráfico, por Vilaseca. hacia 30 septiembre 1911.

Eduardo Barriobero Herrán es uno de los *Tipos españoles* retratados por Felipe Alaiz en su extensa colección de personajes publicados sobre todo en la *Revista Blanca,* allá por los años 30 del pasado siglo. Hace unos pocos días, el 29 de junio, se cumplían 146 años del nacimiento de nuestro invitado cuya actividad social, como abogado de trabajadores –fue defensor de los condenados tras los sucesos de Cullera de 1911-, movilizador político y con-militante de Ángel Samblancat; harían razonable suponer el contacto con Ramón Acín en algún momento de sus respectivas vidas, segadas ambas por los sublevados contra la constitucional II República española. El riojano Barriobero, nacido en la hermosa Sierra de Cameros- tuvo además una copiosa labor literaria y un fundamental papel como traductor que ya lo manifestaba Alaiz en el título de su retrato, como veréis a continuación si aceptáis un paseo del que ésta será una primera etapa.

Barriobero, contertulio de Rabelais

Felipe Alaiz “Tipos españoles”. *Revista Blanca*, (19 de julio de 1935)
(Reeditado por *Umbral ediciones.* Volumen II, 1965)

Barriobero es un humanista. Sus defensas erizadas de tiros hicieron retroceder a los verdugos alfonsinos un centenar de veces. Barriobero es abogado por inclinación irrefrenable que tiene a quedarse sin clientela rica. Pero es preferible que le veamos también por otro prisma. Si quedarse sin clientela de pro y hacer retroceder al verdugo son rasgos que acusan humanismo, es el de estos rasgos un humanismo insurreccional. Hay otro humanismo no menos insurreccional ni menos constante en las directivas temperamentales más acusadas de Eduardo Barriobero.

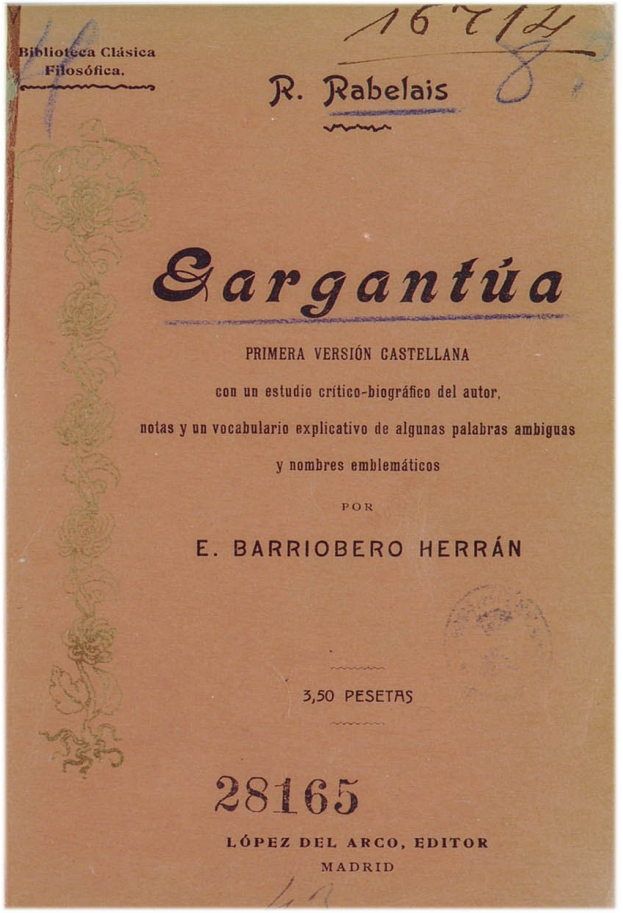
Digamos también que Rabelais fue igualmente un hombre desesperadamente jovial. ¿Por qué? Resulta uno de los primeros pensadores del mundo que entre bromas y veras estableció una especie de estoicismo alegre, preconizando de manera enteramente nueva en su siglo -nueva hoy también no sólo la concordancia de la desesperación con la jovialidad sino la alianza de ésta con la moral. Rabelais nos hace recordar a Zenón, el fundador del estoicismo. Sabido es que Zenón había sido millonario por herencia. Como un temporal le dejara arruinado, acostumbraba a repetir esta frase: «Un naufragio me condujo a puerto». Quería decir que la pérdida de bienes de fortuna le había salvado íntegramente.

¿No es Barriobero uno de los mejores conocedores de Rabelais? Lo es, en efecto. Bien lo demostró. Rabelais es el apretón de manos que se dan los estoicos con los dionisíacos; un armisticio tan raro en España que el amigo de Rabelais tuvo que verse casi solo al resolver el magno problema de conciencia de acogotar riendo levemente a Gargantúa.

La desesperación por sí misma no es nada. Recordemos brevemente tres casos típicos de desesperación: Larra se suicidó por estar desesperado; Espronceda fue cantor de la desesperación, pero como antecedente del arrepentimiento y para suprimirlo, no para templarlo; Mesonero Romanos estuvo a punto de suicidarse desesperado por exceso de felicidad. Son tres casos típicos de desesperación hispánica.

A Larra le molestaba todo. Le molestaban los porteros, le molestaba el carnaval, le molestaban los portazos y los relojes parados. ¿Por qué diablos acudía a visitar a los personajes que tienen portero? ¿Por qué se permitía ser espectador obligado del carnaval? Su desesperación nos parece enteramente gratuita porque carece de contraste. Es una desesperación arbitraria, injustificada en su pretensión de irremediable y sobre todo de unilateral; a pesar de la moda larresca lanzada por Gómez de la Serna y por Azorín como antes por Zorrilla, la figura de Larra nos dará siempre un espectro inservible para todo lo que no sean evocaciones de cripta. ¿Qué más carnaval que la vida de los personajes políticos visitados por Larra? Si los tomaba en serio no podía satirizar el carnaval. El verdadero enemigo del carnaval se va a una pradera solitaria mientras rondan las máscaras o se dispone a roncar.

Gargantúa de François Rabelais traducida por Eduardo Barriobero en su primera edición, de López del Arco. Madrid, 1905



Espronceda fue otro desesperado unilateral a quien no puede salvar la poesía del Diablo Mundo -que algunos creen, no del todo desviados, superior a Goethe- ni la canción del Pirata, ni la del Cosaco, ni el canto a Teresa. Espronceda fue inexplicablemente hermético a la jovialidad en una época caracterizada precisamente por el unilateralismo jovial de los humanistas tonsurados.

¿Y Mesonero Romanos? Costumbrismo es el suyo tan bobalicón, tan repleto de camuesas, torreznos y pocillos de chocolate de los benedictinos como la vida de un canónigo o de un loro mimado. Mesonero es un epicúreo desesperante, sosegado y previsor; también unilateral a su manera en la jovialidad, aunque sea jovialidad de Camacho el Rico y del cuerno de la abundancia. Nunca está templada su manera risueña por la desesperación. Es otro hombre unilateral de la unilateral España.

Tanto el desesperado como el jovial no son en España más que una sola cosa. El religioso suspira por la unidad de fe; el socialista gubernamental por la unidad ortodoxa política; el sindicalista neutro por la unidad gremial. Siempre se impone lo unilateral. Hoy mismo, en el país soviético, la legislación penalista es tan unilateral -lo recuerda el profesor Cuelle Calón- que los jueces pueden condenar en casos no previstos haciendo constar que lo hacen por analogía. Es decir, que hay un denso cuerpo legal repleto de innumerables exigencias dispositivas y que el juez puede refugiarse además en la doctrina totalitaria por analogía que él mismo establece para juzgar.

El unilateralismo epicúreo de la tradición tonsurada -clérigos horacianos, profesores de retórica clásica, seminaristas, Mesonero- y la desesperación unilateral de los supuestos rebeldes -Larra, Espronceda el conspirador- son en España alardes que van repitiéndose indefinidamente. Barriobero rompe esa unilateralidad al no aceptar ni a Pi y Margall en bloque. Pi quiso imponerse desde Madrid estando en el Poder, lejana ya su afición de viejo federal al gran Proudhon. Barriobero contrasta el atroz pesimismo del cuadro español -cante jondo- con su propia vitalidad que se detiene en la burla inteligente. Con su chambergo a lo Rembrandt y su indiferencia por ser ministro o embajador, ¿por qué diantre se llama político Barriobero? Ni siquiera ha de lavarse en el pequeño Jordán que necesita Franchy Roca.

Lo que prefiere Barriobero es cenar frugalmente con cuatro amigos de ésos que siempre están dispuestos a ir a la cárcel y que no serán nunca más españoles en libertad más o menos provisional. Es preferible para él una cena así que pronunciar un discurso contra las sotanas. Sabe que en esta España paradójica y áspera los mayores anticlericales son los sacristanes y que el resto de los anticlericales -como ese tragacuras de Urrecha que acaba de dar el salto mortal con todos los sacramentos- son por lo general gente alquilada por la fracción para que al convertirse en las últimas horas hagan con la conversión una propaganda católica más aprovechable por las sotanas que viviendo siempre el feligrés como creyente. El convertido es producto de milagro. El militante religioso es un ser pesado y reverencial que hace ir de coronilla a los curas y no puede servir para justificar ni el más modesto milagro.

Barriobero llegó en su juventud estudiantil a declararse autor de un asesinato para no discutir con los polizontes a pesar de ignorar quién era su víctima y de ignorar que éste se presentaría sin ninguna lesión dos o tres horas después de darlo por muerto la omnipotencia oficial. Aquel acto demuestra más humanismo que saberse de memoria a Rabelais y traducirlo; como es más humanista quien sin aprenderse un sumario de memoria sabe captar lo que podíamos llamar eximente global con claridad y rapidez. Lo hizo repetidamente Barriobero, y no sólo por conocer el prontuario de Medina Marañón sino a pesar de conocerlo, por la agilidad mental que da la familiaridad con el humanismo, o mejor dicho, que familiariza con el humanismo.

Tenemos los fenómenos de la fuerza mayor y del miedo insuperable. Diga lo que quiera el código, el miedo insuperable puede alegarse como eximente. Si los defensores fueran más humanistas que efectistas hubieran alegado el miedo insuperable al juzgarse hace poco la rendición de la Generalidad y los consejeros estarían en libertad. Los hoy condenados debieran pedir la palabra para defender a sus defensores, que dieron un mitin en vez de hacer una defensa. Si lo que querían es que se condenara a sus clientes es otra cosa; pero en este caso debieran cambiar de estrado y colocarse con el fiscal.

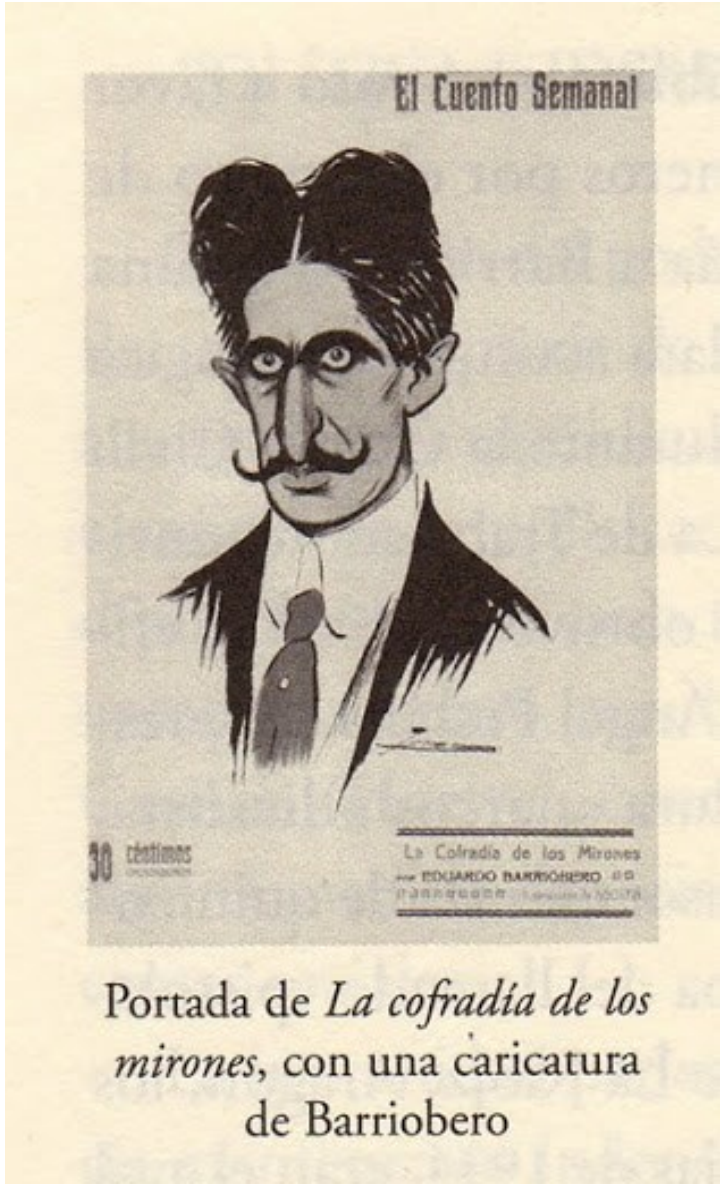
El abogado que no es humanista está poco acostumbrado a despejar incógnitas y no sabe llevar el problema al encerado. Llevarlo equivale a favorecer la salvadora fuga del código. No sabe apartar lo que es consideración de lo que es considerando el abogado lego, y por consiguiente está perdido para hallar la eximente global. El letrado que no comprende la difícil simplificación de un tema procesal fuera del código, el que no tiene características de humanista -no al estilo de Lebrija sino al estilo de Pietro Gori- podrá saberse los textos, porque saberlos es perfectamente compatible con no comprender nada de nada. Decía Clemenceau de Poincaré que todo lo sabía y que no comprendía nada; al revés de Briand -añadía- que todo lo comprende sin saber nada. Un abogado como Ossorio puede hacer una defensa razonablemente escéptica, pero no podrá captar con facilidad la eximente global arrolladora porque Ossorio es un totalitario de la juridicidad. Cuando se trata de definir lo que es el matrimonio en una conferencia ante mujeres y no se acuerda Ossorio de que es abogado totalitario de primera cuota dice, por ejemplo: «El matrimonio es la más divertida de las cosas serias». Mientras no se puedan decir cosas así informando ante tres viejos togados para quienes el matrimonio parece que ha de ser la más seria de la cosas divertidas, las Salas seguirán haciendo un triste papel aunque a los ujieres se les haya hecho dejar el espadín en un rincón.

El tacto y la templanza inteligente son incodificables. Como todos los valores de control personal, incoercible desde fuera escapan a las reglas y sólo acostumbran a quedarse con los audaces, nunca con los reservones como se cree generalmente. La audacia está a veces en castigar fulminantemente la audacia ajena más que en ser audaz. Esta aptitud para castigar con ejemplaridad y como si dijéramos a sentenciar a perpetuo silencio a un fatuo sin tener que firmar ninguna sentencia y sin ser juez, es una audacia tesonera que el abogado puede permitirse en el foro con cierta desenvoltura. Algo parecido se permitía Bretón de los Herreros, paisano de Barriobero, en sus críticas. Los de Barriobero son como entremeses de su actividad y nos explican al autor fragmentariamente como nos lo explica una sola conversación. Hay autores que resultan explicables de todo punto por la producción. Barriobero podría darnos algo más que picantes entremeses porque conoce la vida española grotesca y sabe interpretar matices de lo grotesco sin descomponerse, descomponiendo en cambio como hacía Quevedo lo que describe con vivacidad. Un hombre así no puede ser ni será gobernante. Como aliado electoral de Pestaña no hará más que seguir la tradición que tiene Barriobero de suicida político. El único hombre de empuje que había en el partido pestañista era Martínez Novella, un teósofo que se separó del jefe. Desprendida la teosofía, del sistema sindicalista de Pestaña no queda nada. Lea Barriobero una obra dramática de Ángel Pestaña titulada La Tierra y advertirá que de todos los personajes que salen a escena el único que tiene razón, el elegido por el autor para defender su tesis, es un militante de teosofía rural, un cura no renegado.

El federalismo de Barriobero no es gubernamental. Cuando su tío era gobernador de Zaragoza, Barriobero ponía a su tío en un compromiso cada día. El federalismo de Barriobero es un federalismo de paisaje contra covachuela, de prado contra asfalto. Los enemigos de la autoridad haríamos claudicar a Barriobero si la ejerciera, porque no podría con ella.

Tiene el federalismo un sentido constructivo superior por libre y antípoda a cualquier tesis gubernamental; un sentido de pacto empleado precisamente por los mejores federalistas como destructor del nudo del Estado y antítesis de éste.

La modalidad federal podría dar carácter -no la da en realidad más que nominalmente- a las organizaciones obreras; lo que da por ejemplo al inmenso pueblo israelita sin Estado federado en millones de instituciones culturales defensivas y de producción sin patrón en todo el mundo; lo da a las formas más nobles de convivencia sin Estado como aquel tráfico por el Rhin que recuerda Kropotkin, ordenado por barqueros alemanes y holandeses sin condestable oficial alguno.



Portada de *La cofradía de los mirones*, con una caricatura de Barriobero

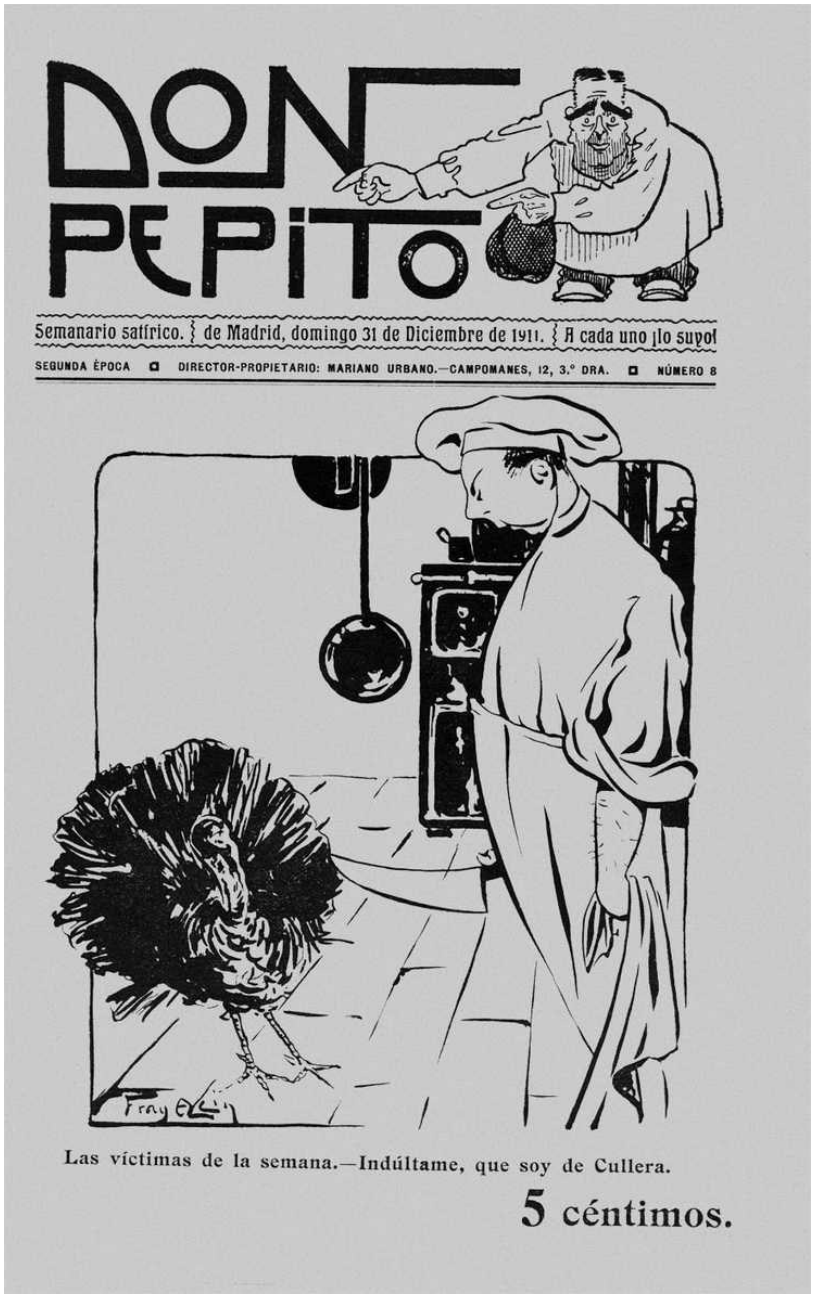
El concepto de federación es el más bello de los conceptos humanos porque es equidad y desinterés, porque empieza preconizando el pacto que no es más que la vieja teoría anarquista del libre acuerdo, tan respetuosa con la personalidad humana como despreciadora de ésta se muestra cualquier sistema de los llamados totalitarios. En Barriobero siempre vi persistencia por la campiña riojana de molinos y molinas, con sus viñedos espléndidos y sus moradores dicharacheros, con su tradición próxima de regadíos en manos de usuras y picapleitos, siendo para él reivindicable la riqueza de todos por la comunidad en nombre no sólo de la razón y de la justicia, sino en nombre también de la tradición lejana. Comparada esta perspectiva con la política, el propio Barriobero desdeña ésta; si no la desdeña es la política la que desdeña al político que no sabe serlo.

No olvidemos que en momentos de aguda subversión social aquel abogado lo olvidó todo menos el camino de la estación para correr en trances de peligro a ponerse la toga y ayudar a los perseguidos. Lo hizo con desinterés y sin adulación; lo hizo no para tener nombre, porque ya lo tenía, sino para perderlo desde el punto de vista de la crítica mendaz de los trepadores. Lo hizo llegando minutos antes de la vista y apabullando a los inventores de delitos con unas palabras como éstas:

-Señores magistrados: Todos nosotros, como el señor fiscal y la defensa hemos pasado por las aulas universitarias. De las aulas universitarias la más clara y atractiva para nosotros, ¿no era el aula de los juicios orales? Quién sabe si nuestro presidente de hoy era el procesado, el fiscal un digno defensor y este defensor un jurado. Eran años de entusiasmo y cordialidad expansiva. Nuestros crímenes eran inofensivos porque eran inventados. La juventud generosa y olvidadiza no recuerda al salir del aula que el compañero más próximo acababa de ser juzgado por nosotros como un asesino en despoblado; el ladrón con triple reincidencia nos daba un cigarro de picadura sustraído tal vez al padre; y el estafador nos invitaba a una partida de carambolas... Y así como desmontado el aparato del juicio oral no quedaba crimen ni quedaba criminal porque todo había sido producto de nuestra inventiva, así la prueba de hoy nos autoriza a trasladar el cuadro a la época, lejana ya, de nuestra juventud universitaria para identificar este juicio con aquél, cuya única diferencia está en que entonces no teníamos guardias detrás del banquillo... Fuera está la libertad para ese hombre inocente, el trabajo, la vida familiar, la amistad, el mundo todo... También estaba la libertad para nosotros fuera del aula después de pasar por criminales empedernidos. ¡Libertad os pide uno de aquellos criminales empedernidos para el que no es criminal!

Y el acusado se vio libre minutos después mientras un chiquito rubio le abrazaba medio llorando y medio riendo.

Felipe Alaiz□



El joven Ramón Acín se estrenó en la prensa a los 23 años con un dibujo publicado en la revista satírica madrileña *Don Pepito.* Fue como colofón del año 1911 y en la portada del día 31 de diciembre se podía ver la imagen de perfil y a cuerpo entero de un cocinero con un gran cuchillo de cocina que miraba con resolutiva profesión gastronómica a un asustado pavo erizado por el miedo. Al fondo, los fogones de una cocina de carbón esperaban al cadáver para convertirlo en plato.

Bajo la viñeta, un texto: *Las víctimas de la semana. — Indúltame, que soy de Cullera.*

La persona no avisada no encontrará quizá más relación con Cullera que sus naranjas que además, unidas a un pato, primo del animal retratado en la viñeta, prometen pocos indultos en las cocinas.

Había un motivo muy serio, sin embargo. El dibujante y los editores daban fin al 1911 con la crónica de un drama teñido por la sangre y el suspense de su final.

Dos meses y medio antes, el día 18 de septiembre, la mayoría de los vecinos de Cullera realizaron una huelga general convocada por todas las asociaciones obreras secundando la llamada de la CNT en solidaridad con los obreros vascos y en contra de la terrible e injusta guerra de Marruecos, en la que morían diariamente aquellos que no tenían el dinero necesario para pagar la *cuota* de 1.500 a 2.000 reales con la que los hijos de los ricos se libraban de ir al matadero.

La detención de algunos huelguistas y la actuación de un juez haciendo uso y abuso de su pistola en ese trance, encolerizaron a la población acabando todo con el asesinato del magistrado y de su secretario, lo que produjo el encausamiento inmediato de veintidós huelguistas que acabaron muy poco tiempo después condenados, quince de ellos a veinte años de prisión y a la pena de muerte los siete restantes.

Cuando Acín dibujaba la viñeta de portada, una ola internacional de protesta y exigencia recorrió la sociedad pidiendo revisiones y, sobre todo, indultos a los condenados a muerte, uno de ellos un famoso y querido dirigente de la comarca, el *Xato de Cuqueta.*

De Ramón y Cajal a Pérez Galdós y muchas otras voces y firmas, el clamor fue inmenso y el gobierno de Canalejas accedió al indulto de seis, exceptuando al *Xato*. Todo iba a depender en última instancia de un rey, Alfonso XIII, que ni era apreciado ni, aún menos, apreciaba a su pueblo. Una comisión de valencianos entre los que destacaban los pintores Sorolla y Degrain y el escultor Mariano Benlliure, pidieron audiencia al rey que, ante la presión máxima alcanzada, acabaría el 13 de enero conmutando la pena al condenado sustituyéndola por cadena perpetua, que no llegaría a cumplir integramente al ser indultado tras el advenimiento de la II República casi 20 años después.

En la siguiente entrega veremos algunos pormenores de los hechos y la actividad como defensor de sindicalistas del abogado Eduardo Barriobero.

Trazaremos también unos esbozos biográficos, su papel como escritor y traductor, introductor en España de la figura de Rabelais y su *Gargantúa* que tanto había escandalizado, y considerado sacrílego y prohibido por la iglesia católica cuando se publicó a mitad del siglo XVI. Y lo hizo en la celebración del año cervantino, 1905, a la vez que realizó algunos escritos sobre el autor del Quijote.

Un amigo de Barriobero fue el médico y dirigente anarquista Pedro Vallina (Sevilla, 1879—México, 1970), quien le dedicó en sus memorias un sentido recuerdo que os ofreceremos.

Haremos también referencia al libro que José Luis Carretero tituló *Eduardo Barriobero. Las luchas de un jabalí* y que, publicado por Queimada Ediciones en 2017, hace referencia al grupo de diputados en cortes adjetivados como *jabalíes* en un discurso de Ortega y Gasset, situados a la izquierda, entre el federalismo y el anarquismo y entre quienes estaban Samblancat, Ramón Franco –hermano de quien sería el dictador-, José Antonio Balbontín –quien formaría parte del entonces minoritario PCE– o nuestro personaje. Libro el de Carretero que traza luminosamente la figura de Barriobero y que recomendamos a quienes quieran profundizar más.

Y no podemos olvidar a un personaje a quien Barriobero profesó una gran estima y dedicó un interesante y entretenido estudio: Emilio Castelar, personaje quizá mal valorado y menospreciado por quienes no comprendieron el incansable esfuerzo del estadista por intentar hacer de este país una sociedad habitable.

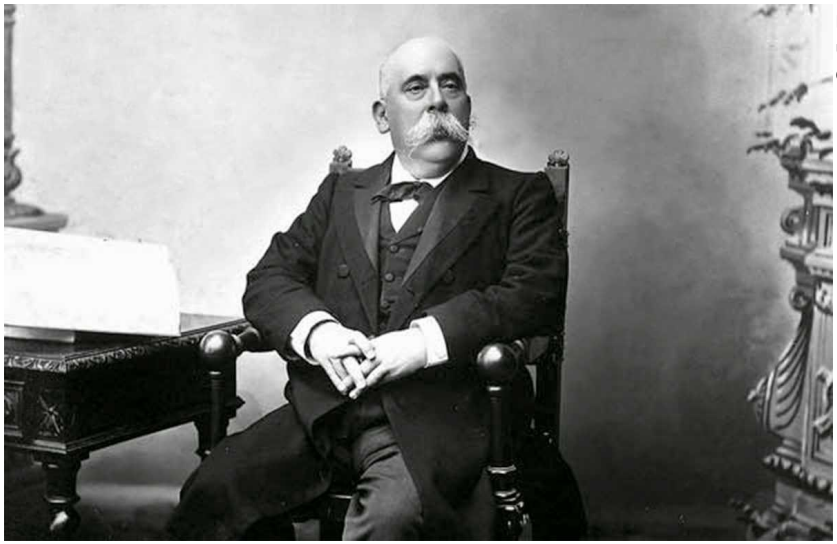
Como despedida de esta entrega, os dejamos en la página siguiente con unas palabras de Barriobero que cuentan el porqué de su admiración por Castelar y su primer encuentro con él. De don Emilio Castelar hablaramos más extensamente en otra ocasión☐

Una de las ilustraciones que realizó Doré para la edición francesa de Gargantúa en 1854

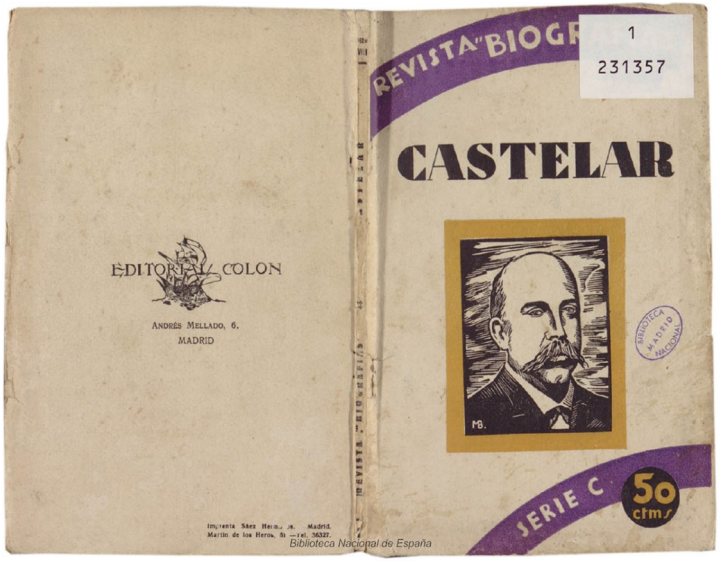
Caricatura de Barriobero quizá hacia 1910-1911 coincidiendo con los hechos de Cullera. Autor no identificado

Don Emilio Castelar por Eduardo Barriobero y Herrán

Revista “Biografías” nº 7. Editorial Colón. Madrid 27 julio 1930



Don Emilio Castelar quizás en una fecha cercana al encuentro que refiere Barriobero



Cubiertas del libro depositado en la Biblioteca Nacional

(Fragmento introducción pgs. 7-11. El episodio debió ocurrir hacia 1892, pues estudiaba 3º de Derecho Barriobero, que acabó en 1895)

Un día me dijo mi amigo [secretario de Entrena, pueblo de Barriobero en la entrada de la riojana Sierra de Cameros] y acaso pariente, porque casi todos los vecinos de aquel pueblo lo son míos:

—No quisiera morirme sin ir un día a Madrid, presentarme en casa de Castelar, decirle nada más que "buenos días" o "buenas tardes", "Dios bendiga a su excelencia", y volverme a Entrena.

El pobre secretario murió casi repentinamente antes de llegar a la vejez y no pudo realizar su deseo; pero yo lo hice mío.

En los últimos días de septiembre, mi familia me acomodó en un tren que iba a Zaragoza. Solo en mi departamento, hice arqueo. El guante que por entonces, al despedirse los escolares, acostumbraban a pasar entre los deudos y los amigos de la familia, había sido fructífero. Tenía yo, además, guardado un billete de cincuenta pesetas, debido a la generosidad de una sota que vino de salto y siguió cediendo a mis evocaciones en uno de los tugurios de la feria de San Mateo.

Cuando llegué a Casetas [barrio rural de Zaragoza] y oí gritar al mozo: "¡Cambio de tren para Madrid!", no pude resistirme, cogí mis bártulos, fui a la taquilla, tomé un billete de la inclementísima tercera de aquellos tiempos, y con los huesos doloridos y una espesa pátina de humo y carbón en la cara llegué a la Corte.

Descansé unas horas. Salí luego a la calle sin orientación y no sé por dónde fui a dar en el Retiro, y encontré, cuando menos lo esperaba, a mis dos gigantes.

A Castelar lo identifiqué por la silueta que dibujaba el secretario. A Cánovas, por las caricaturas de El Motín [revista satírica que se publicó en Madrid entre 1881 y 1926].

En la Puerta de Alcalá se despidieron. Yo seguí a Castelar y vi que entraba en una casa que me pareció muy modesta para él; cuando se esfumó en la escalera, pregunté al portero y me dijo que vivía allí.

Por no sé qué razones juzgué que aquella hora, la del anochecer, no era muy a propósito para visitas y elegí la de las once de la siguiente mañana.

Me vestí de fiesta, saqué con mis propias manos, amén de mi aliento acuoso, a mis botas un brillo deslumbrador, y temblante de emoción, y como ebrio de mi propio rubor de adolescente, llamé en el piso del ex jefe de Estado.

—¿Quién le anuncio?—me preguntó un doméstico.

Y la pregunta me desconcertó, hasta sugerirme la tentación de volver sobre mis pasos. Apenas la entendí, porque hasta entonces no tuve noticia de semejante fórmula. Procuré rehacerme y, al fin, con trémolos en la voz, pude decir al criado que aguardaba comprensivo:

—Soy un estudiante de provincias que ha venido a Madrid nada más que para saludarle.

Sonrió pícaro el servidor; sin duda sabía lo que después me ha enseñado a mí la experiencia: que esas tarjetas de presentación suelen ser el prólogo de un sablazo.

Me acogió paternal don Emilio en un salón abarrotado de libros, y aunque yo me resistía, hízome sentar.

—¿Qué estudia usted, pollo?

—Tercero de Derecho.

—¿En la Central?

—No, señor; en Zaragoza.

—¿Qué le trae por Madrid?

—Yo, señor... no he venido más... que a conocer a usted...

—Vamos,- que algo más habrá. ¿A que además de estudiante es usted escritor o periodista?

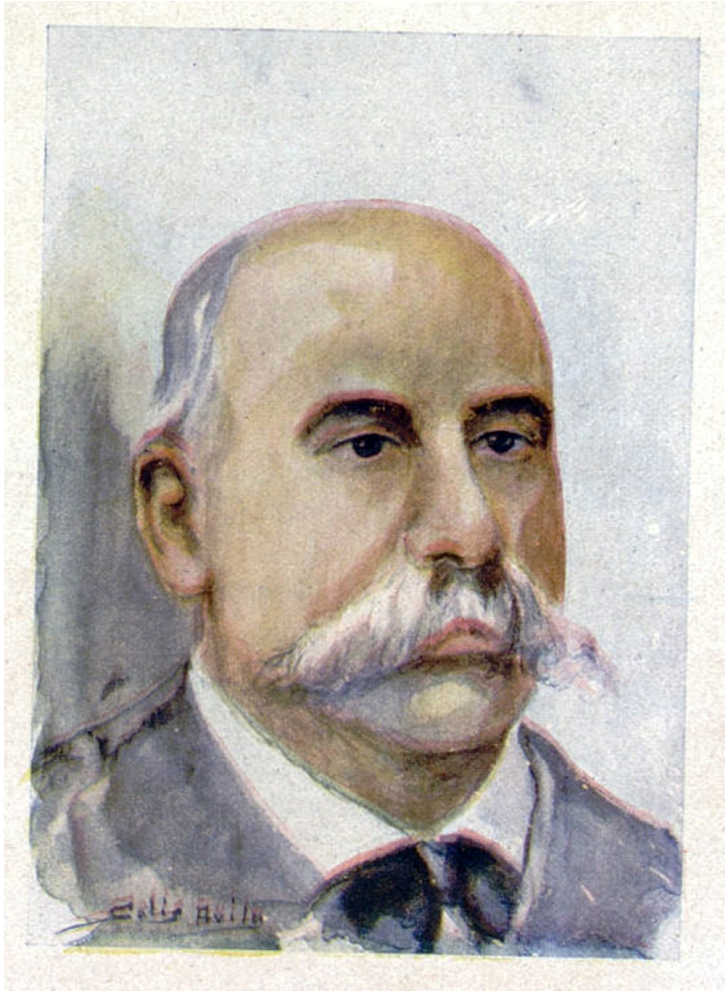
—Sí... pero... no... señor...

—¿En dónde escribe?

—En los periódicos de mi provincia nada más... El año pasado me publicó Madrid Cómico unos versos que le mandé.

—Entonces, lo que quiere es alguna recomendación...

—No, no, señor. No he venido más que a verle.



Castelar en foto interior del libro

—¿De veras no necesita algo de mí?

—Si hablara usted alguno de estos días...

—No. Hasta bien entrado el mes que viene no se animan los centros culturales.

—Entonces, adiós. Yo me vuelvo hoy a Zaragoza.

—Siento mucho el que no necesite algo de mí...

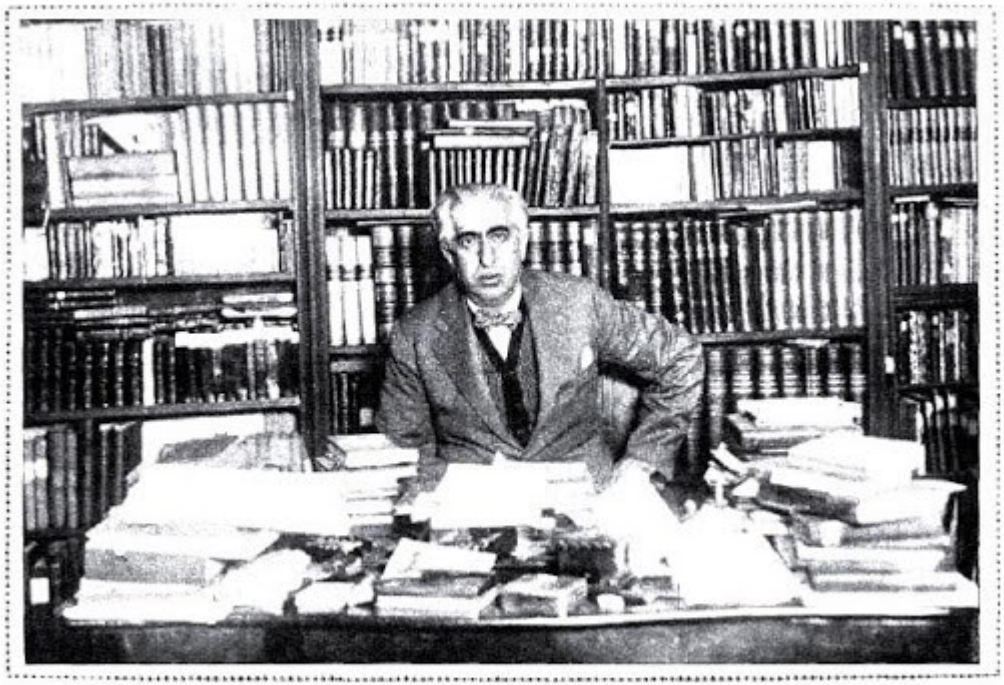
Aquella delicadeza me exaltó:

—¡Ya llevo bastante, don Emilio! ¡Cuando yo cuente en la Juventud Republicana que me ha recibido usted en su casa...!

Al oír yo mi propia frase, enloquecí, hasta el extremo de que no puedo recordar cómo me despedí ni cómo salí de la morada de aquel hombre verdaderamente superior.

Las veces que yo habré dicho desde entonces:

—¡Cuando yo estuve en casa de Castelar hablando con él...!



DON EDUARDO BARRIOBERO
Abogado y presidente del Partido Democrático Federal